

## Capítulo 1

---

Kate Buchanan. Era un nombre sencillo, pero como decía la abuela, era un nombre con el que podías ir a cualquier parte. Ella dejó de usarlo durante mucho tiempo, pero legalmente siempre había sido el suyo. Aunque «Kate Buchanan» no había sido ingresada en el hospital con tanta urgencia, ni había aparecido de forma tan gráfica y escabrosa en toda la prensa, incluida la que alardeaba de estar por encima de esas cosas, fue ella la que salió de un hospital penitenciario, la que durante muchos años más tuvo que seguir visitando otro tipo de hospital, y la que después se fue a la Riviera francesa. Suena ampuloso, ¿verdad? Se fue a la Riviera. Hubo una época en la que vivió en hermosas villas del sur de Francia y navegó en yates de lujo. No obstante, no cuando regresó. Esa vez había ido a recluirse a un lugar que había encontrado Hugh. Hugh Forsythe, su querido, su queridísimo Hugh, otra de esas personas cuya devoción siempre había dado por sentada. Pero ya era hora de enmendar los errores y eso tenía que hacerlo allí, en la casa en la que había invertido una fortuna y un año entero en restaurar, a riesgo de no poder permitírselo. Cuando se produjo el incendio ella estaba en su mejor momento artístico y aunque ahora se encontrara bien, su estado actual era lamentable. Si se podía dar crédito al cristal de la puerta en el que rara vez se miraba, ya no era joven. Tampoco era vieja, probablemente de mediana edad, pero la edad es relativa, ¿verdad?, al igual que la belleza, que depende del ojo del observador.

La casa, Abbots House, estaba casi como antes —si es que sus recuerdos eran fiables—, pero no podía confiar en su memoria, puesto

que era su amiga y su enemiga al mismo tiempo. Le permitía olvidar algunas cosas. ¿El estampado de tela de Jouy era rosa o azul? Seguramente azul: a ella no le gustaba el rosa, y esos encantadores verdes no se hacían años atrás. Los médicos le habían dicho que cada día recordaría un poco más. Habrían preferido que hubiera recordado en un hospital, a salvo, pero ella sabía que tenía que ser allí; de lo contrario, nunca haría las paces con la vida o con la muerte.

Al principio fueron los nombres. Friars Carse y Abbots House. ¿A quién no le gustaría vivir en la casa de un abad con sus románticos recuerdos de monjes y frailes, caballeros templarios y cruzados? Friars Carse, el pintoresco pueblecito construido sobre la *carse* o la tierra baja que antaño perteneció a una orden de frailes —la orden franciscana de los frailes menores, según creía recordar—, también estaba lejos, lejos de todos los lugares donde tuviera personas conocidas o que la hubieran visto alguna vez. Remoto, sencillo, tosco, un pantanal, así es como lo llamaban sus amigos de Londres: los que tenían permiso para ir a visitarla. Hugh le había aconsejado que la vendiera, que sacara lo que pudiera, al menos por el terreno, y que le prometiera que nunca más volvería allí, donde había tanto dolor, tanto horror. Pero una vez había sido feliz allí, había disfrutado de cada segundo de su tiempo.

¿Era Kate la que había sido feliz allí o ella, la otra? Nadie recordaba a Katherine. Había muerto hacía mucho tiempo, ¿no es cierto?

—*Este nombre no te servirá, querida. Kate Buchanan será un talento entre muchos otros; Kate es un sonido muy universal. Necesitamos algo diferente. Katherine, sí, como la divina Hepburn. Aunque ella, por supuesto, es Katharine, pero tú también serás única. Katherine Buchanan, demasiadas sílabas, pero me gusta Katherine, es muy elegante. Katherine Buchan. Eso es lo que pondremos en las vallas publicitarias.*

Era lo que le había dicho Maurice Taylor, su primer y único representante; tenía razón con lo del nombre, como la tuvo con muchas otras cosas.

Ahora Kate Buchanan se había llevado su orgullo y su dignidad a su casa recién restaurada y en cuanto llegó se estiró durante una hora en la cama de la habitación-estudio del jardín, cuando volviera a haber jardín en lugar de una montaña de escombros, ya que salir a la calle la había agotado mucho más de lo que esperaba.

La mujer de la pequeña tienda de alimentación había sido muy amable y le había asegurado que estaría encantada de servirla a domicilio. Iba a ser fuerte y volvería allí; no se iba a rendir. Primero miraría desde el escaparate para cerciorarse de que estuviera ella, porque, de momento, bastaría con una persona por día. Tenía que permitir que los vecinos la vieran y se acostumbraran a su presencia. Seguro que hablarían. Era la naturaleza humana. Añadirían cosas, sumarían dos más dos y daría cinco, pero si vivía tranquilamente en su encantadora casa, si veían que no causaba problemas, que sólo se metía en sus propios asuntos, acabarían aceptándola, acostumbrándose a sus escasas apariciones en el pueblo. Pero ¿sería así? Antaño habían estado encantados de verla entre ellos, la saludaban desde sus ventanas al verla pasar, nunca se acercaban demasiado, eran amables pero no indiscretos. No, admiraban a Katherine, no a Kate, y se decía que la primera había hecho algo terrible...

Miró al techo e intentó pensar. «¿Cómo se llamaba la mujer?». Ya me acordaré. Maggie, sí, eso es, Maggie. Hace tiempo conocí a una Maggie, en mi vida anterior, un fuego fatuo de alguien con quien trabajé una vez, o que quizás admiraba: ¿quizás alguien relacionado con el teatro? Esa Maggie no era tan robusta y terrenal como lo era esta Maggie. Me alegro de haber aunado el valor suficiente para ir a su encantadora tienda. ¿Tendré valor para ir a comprar allí en plena temporada, cuando haya más gente en Friars Carse? Sí. Poco a poco, día a día, como un alcohólico que se está rehabilitando.

Ella también estaba en proceso de rehabilitación, aunque no fuera del alcohol. No importa. No importa. ¿Que es lo que decía la abuela?

*El agua siempre vuelve a su cauce, queridos, el agua siempre vuelve a su cauce.*

Cuánta agua, abuela. Tanta y sin embargo no la suficiente para apagar las llamas, las llamas que habían acabado con... ¿con quién habían acabado? Con él, claro, con él y con ella, pero Kate estaba viva, sobreviviría, podría superarlo. ¿Superarlo? Eso era lo que decían todas las abuelas. Todas las mujeres decentes podían superar las cosas.

Dejó de buscar respuestas en el techo blanco y miró a su alrededor. Su escritorio de caoba con sus hermosas y originales asas de cuello de cisne era un regalo de Hugh.

—*Mira lo que he encontrado en un anticuario de Grasse, Kate. Estaba diciendo: Kate me necesita ahora que ya se encuentra lo bastante bien como para escribir cartas.*

Ella había comprado la estantería de caoba en Edimburgo. El color no hacía juego del todo, pero era de la misma época. Todavía no había sacado los libros de las cajas que estaban debajo de la escalera, salvo sus favoritos, que los tenía en la mesita de noche. Las alfombras que había sobre el pulido suelo de madera eran nuevas como las cortinas. Las había diseñado ella misma; había elegido los colores y los materiales.

—*Mira Hugh, he descubierto un nuevo talento en mí. ¿Debía haber sido interiorista?*

—*Lo eras, querida. Decoraste todas nuestras casas y no te pagamos nada. Hasta hiciste las cortinas, pero sólo para mi apartamento. Todo el mundo te envidiaba.*

—*Me alegro de haber hecho algo por ti, mi entrañable y viejo Hugh.*

También tenía otro talento, que había descubierto en el convento, o para ser más exactos, que le había descubierto la hermana Mary Magdalene. Cuánta felicidad le aportaba. Se apoyó sobre un codo. Quizá podía hacer algo ahora, antes de comer. No, si empezaba a trabajar se olvidaría de comer.

Desde donde estaba, podía ver la reproducción en caoba de la silla estilo Gainsborough, que había tapizado con la misma tela que había elegido para las cortinas. Tendría que haber comprado dos sillas, para cuando viniera a verla Hugh. Él, que nunca era consciente de su clase, se sentaría en la cama de día. Le gustaba la habitación tal como estaba; era perfecta. ¿Le había costado mucho trabajo? El antiguo techo nunca estuvo en buenas condiciones y no estaba precisamente bien aislado, y muchas de las piedras de las paredes se las habían llevado, desapareciendo varias de golpe cada cierto tiempo con el paso de los años. ¿Debería haberla vendido y dejar atrás los recuerdos? Pero cuando se tenía memoria, era imposible dejar los recuerdos atrás. Iban con ella a todas partes, los buenos y los malos, los aterradores, los temibles. ¿Tenía buenos recuerdos? Sí, pues claro, nunca le había olvidado, tampoco a su abuela, ni a su querido Hugh, ni a su madre que había sido como una madre para ella durante un breve período de tiempo.

Hacía mucho tiempo, casi en otra vida, que descubrió esta casa y se enamoró de ella al instante. ¡Qué mala costumbre, enamorarse a primera vista y de manera irrevocable! Abbots House. Aproximada-

mente, a una milla de la costa había un monasterio al que habían pertenecido todas las tierras de los alrededores. Un abad construyó la casa original en ese lugar. ¿Habría vivido allí? Poco probable. Lo más seguro es que viviera en el monasterio, pero quizá la había construido para los invitados importantes. ¿Un abad? Pensó en el fraile Tuck,\* rechoncho y feliz. No debería caer en estereotipos. Quizás este abad fuera alto, austero y un hombre santo. ¿Habría pedido también a sus invitados que fueran felices en su encantadora casa de arenisca con sus magníficas vistas a Monkshaven Beach? Los monjes habían hallado un remanso de paz en ese lugar, y ella también, aunque hacía mucho tiempo de eso. Había sido muy feliz allí. Nada difícil de conseguir en una casa construida por un hombre de Dios en una playa donde otros hombres de Dios también habían hallado paz y seguridad.

¿Rose Lamont? ¿Podría ella ser feliz allí?

—Esa cara, no refleja nada —decía el director—. La voz. Es... cómo lo diría... la técnica no lo es todo... tiene que haber... tiene que haber vida y esa voz está muerta.

Tenía fama de ser uno de los directores más brillantes y los alumnos estaban nerviosos cuando tenían una *master class* con él, pero a veces resultaba un esfuerzo escucharle, tanto como parecía serlo para él ordenar sus pensamientos y presentarlos delante de ellos. Volvió a señalar a Rose.

—Le han dicho demasiadas veces lo hermosa que es, ¡Dios mío!, su precioso pelo, su preciosa sonrisa, su precioso rostro.

Rose le sonrió y él se apartó de ella y se dirigió a los otros alumnos.

—Olvidad la belleza. Actuar desde el alma no es bello. Cuando corres un maratón con los griegos lo haces para ganar. Te quedas exhausto, sudas como... como un cerdo. ¿Eso es bello? ¿Mister Cerdo? No. Shirley Temple sí lo es. ¿Sabéis quién es Shirley? No. ¿Cómo lo explicaría? Vuestros padres os dicen lo guapos que sois, «Papá, ¿a quién le importa la belleza? Soy actor. Actuar bien es sufrir, es trabajar, es un gozo absoluto. Ser Julieta, Rosalinda, Juana de Arco o Hedda Gabler es olvidarse de todo menos de Julieta. ¿*Capisce*? ¿Me entendéis?

\*El fraile de Robin Hood. (*N. de la T.*)

Rose se había ajustado su vestido de tela de caza, comprado en las rebajas, y se había humedecido los labios, con su Estée Lauder de oferta, y respondió que sí. El director la miró, levantó las manos consternado y se dio la vuelta.

—¿Entiendes lo que está diciendo, Katherine Buchan? —le susurró Maurice al oído mientras observaban cómo ordenaba sus pensamientos el director.

—¿Que para actuar, a veces las venas han de sobresalir de mi cuello blanco como la nieve, como si fueran cuerdas, y mis mandíbulas se han de tensar como las de un hombre prehistórico en un combate mortal? ¿Es eso lo que quiere decir? ¿Olvidarse de todos y de todo lo que ha sucedido antes de ese momento, renacer para embarcarse en el aterrador viaje desde la seguridad y la calma del útero para convertirte en Yocasta, Lady Macbeth o Cleopatra?

—¡No te sulfures, querida! —Maurice se había ofrecido a representarla tras haberla visto en una obra de estudiantes: sabía lo buena que podía llegar a ser, con la formación y la experiencia adecuadas—. ¿Quién te crees que eres, Isadora hermanaada con Sybil Thorndike en un buen día?

—No. Soy yo, sólo yo, y un día, Maurice, *mon ami*, le dirás a la gente que cuando me conociste ya lo sabías.

Se rió, pero se quedó inquieto ante su intensidad y el reconocimiento indiscutible de su propio talento.

—¡Dios mío!, nunca ha puesto un pie en un escenario y ya está preparando su epitafio. —Se giró de nuevo para mirar a Rose, a la hermosa, hermosísima Rose, con su encantador pelo rubio y sus ojos azulporcelana—. No eres tan mala como Rose. Ella tiene un físico mejor, pero jamás aprenderá a utilizarlo porque prefiere seguir siendo la típica belleza británica de clase media. Todo su lenguaje corporal narra su historia. Pobre Rose, si pudiera relajarse, podría ser... no extraordinaria, eso nunca, pero sí, quizá, bastante buena. Lo que necesita es un buen polvo. Lo que todos necesitamos es un buen polvo, tú también, insulsa Katherine Buchan. Y no vayas mirando a todos esos jóvenes actores: todos son mariquitas.

Kate se sonrojó porque había un chico en su clase que no era como le había descrito Maurice, y otro más mayor, y los dos la habían invitado a comer. El más joven a comerse un bocadillo en el parque, y el más mayor, que tenía un pequeño papel en una producción

de pago, a un caro restaurante francés, y ella había aceptado. Como es natural nunca le diría que lo había hecho porque a veces añoraba a su tía, la Provenza y las cálidas aguas de la Riviera, y con su presupuesto los restaurantes franceses estaban fuera de sus posibilidades.

Se había comprado un traje azul para sus citas; le quedaba bien ese color. Diez libras por una falda lisa con un pequeño pliegue y una chaqueta también lisa y cuadrada abotonada hasta el cuello. Muy discreto y favorecedor.

—¿Adónde vamos?

—A Green Park. ¿No te parece el nombre más original que has oído para un parque?

Pero ella sólo podía pensar en lo que le habían costado de ganar esas diez libras del traje y él ni siquiera le había dicho que le gustaba, y ahora se la llevaba de picnic. No había sido un comienzo muy auspicioso.

¿Quién hubiera imaginado que esa primera cita, no especialmente fantástica, conduciría a esto? Pero ahora iba a dejar de revivir el pasado porque tenía que poner un pastel en su maravilloso horno nuevo.

Se levantó de la cama y se quedó un momento de pie mirando por la ventana, sobre la que había colgado una sábana. Pronto estarían listas sus bonitas cortinas azules y pondría persianas venecianas para poder ver desde dentro sin ser vista desde fuera. Cogió perezosamente la figura de un ave marina delicadamente tallada que había comprado en la tienda, en Maggie's Fine Foods. Era extraño encontrar algo así en ese tipo de establecimiento, pero era preciosa. Estaba agarrada a su percha, pero parecía como si fuera a soltarse y echar a volar libremente en cualquier momento. Maggie le dijo que era un monje del monasterio el que las hacía. «El monje que pasea por la playa con un gran perro gris», le había dicho. Los religiosos solían ser buenos artistas, ¿verdad? A fin de cuentas bastaba con recordar a la hermana Mary Magdalene.

Dejó la figurita en su sitio y soltó la sábana para que cubriera la ventana.

Entre la casa y la pared, algún día habría un jardín acogedor e íntimo. El alto muro de piedra que rodeaba la propiedad tenía una fisura: la verja de hierro forjado de la entrada. La parte superior del

muro estaba ribeteada con cientos y cientos de conchas, una obra de arte que pasaba desapercibida. ¿Qué manos habrían trabajado así para que nadie, salvo las gaviotas que planeaban por allí, la apreciaran? Quizás algún pescador del siglo XIX que se sintiera vinculado con los grandes picapedreros medievales y pensara que la parte trasera e invisible de su obra era tan importante como la frontal. Ese muro se levantaba sobre los cimientos de otro que a su vez se levantaba sobre otras piedras más antiguas. Detrás del muro había una pradera, denominada Sea Green, que siempre había sido una tierra comunitaria. Los primeros habitantes dejaban pastar allí a sus vacas y ovejas; los pobladores del siglo XX la usaban para jugar al fútbol. Detrás del Sea Green se encontraba la playa, millas y millas de playa que quedaba cubierta bajo las aguas dos veces al día, y a menudo durante días enteros cuando hacía mal tiempo. A las aves marinas les encantaba. Una mañana *él* vio un ostrero, torcaces y chorlitos dorados. Kate reconoció avefrías y fingió molestarse cuando *él* se rió y le dijo: «¿Y quién no?».

Entró en su cocina supermoderna y giró el botón a la temperatura que la amable mujer le había indicado. Habían intentado venderle electrodomésticos de gas, pero no quería correr riesgos con el fuego. Quien evita la ocasión, evita el peligro. ¡El típico tópico! Sacó un plato de color verde mar del estante que había encima del fregadero. Era muy bonito. Lo había comprado en la Provenza. Encontró la taza que hacía juego y se hizo un café.

—*Venga; bébase toda la leche como una buena chica.*

¡Mierda, qué maternales eran algunas enfermeras!

—*Bébasela usted, querida enfermera. Yo prefiero mi whisky.*

Se llevó la taza a su escritorio y se rió un poco al ver el pretencioso título de la habitación. El Estudio. ¿Qué voy a estudiar? Pero era un escritorio muy bonito. Le había comprado uno igual para *él* en Salzburgo. ¿Lo recordaría Hugh? Probablemente no. Su entrañable y viejo Hugh no quería recordárselo. Olvida Salzburgo. ¿Qué vas a estudiar? En el bosque de Templehall hay la tumba de un cruzado. Estudia a los cruzados. Eso significaba estudiarlo todo sobre Friars Carse y el Priorato de Templehall. Tenías la intención de formar parte de la vida de esta región cuando te jubilaras. Y ahora estás jubilada, Kate, aunque sea a la fuerza. Si no estudias a los cruzados, estudia las conchas. En la playa había conchas de todos los tamaños, formas y colo-



res. Conchas. Cubiertas duras que encerraban... ¿Qué? Semillas, frutos, animales. Ella también tenía una concha, pero no era dura.

El pastel estaba listo, quizás hasta quemado. Se fue a rescatarlo y de paso se vio reflejada en el cristal de la puerta y, por una vez, se detuvo y se miró. No era *ella*, ni tampoco Katherine. ¡Qué fea se le veía la cara en el cristal! Nunca había sido guapa como Rose, pero su cara tenía, tenía... carácter. Ahora lucía una fea cicatriz que la desfiguraba. Se echó el pelo hacia delante para ocultarla y se vio las manos. Nada las cubría salvo las mangas. ¿Quién había inventado las mangas anchas para ocultar los defectos? Ana Bolena. ¡Pobre Ana!, su doble meñique no era nada comparado con esas horribles manos. Un castigo. ¿Acaso castigaba Dios? Mía es la venganza, dijo el Señor. Esa fealdad, esa piel arrugada y llena de cicatrices que se llevaría a la tumba, ¿era eso una venganza divina?

—No lo creo —le dijo a la cara del cristal—. De Dios, no.

Se quedó sorprendida al ver cuánto pastel se había comido. ¿Podría enfrentarse al resto más tarde o mañana? Ya no tienes una cuenta bancaria generosa y sí gastos, Kate. Daré de comer a los pájaros, pero aprenderé a cocinar. La encantadora mujer de la tienda me ayudará.

¿Lo haría? La gente siempre se había desvivido por ayudar a Katherine, pero a Kate, ¿se desvivirían de igual modo por ayudar a la desfigurada y horrenda mujer en la que se había convertido? La amabilidad humana estaba subestimada. Recordaba que había pensado eso cuando miraba a través de la ventana las frías mañanas del mes de febrero iluminadas con mimosas. Las mimosas, tan soleadas, amarillas, como las montañas de huevos revueltos que hacía la abuela. La abuela era un encanto, y la tía. ¿Y Hugh? Hugh es adorable.

Se puso la capa con su capucha que le ocultaba la cicatriz de la cara, cogió lo que quedaba del pastel y salió a su jardín amurallado. Era curioso que los muros del jardín hubieran resistido cuando los de la casa se habían ido erosionando lentamente. El monasterio era del siglo XIII, así como una casa que había estado en pie durante seiscientos años; ésa no. Esta casa había sustituido a otra del siglo XVII; era esa casa la que ella había intentado recrear. Pronto volvería a estar casi acabada. Iría a ver al constructor en cuanto se hubiera desecho de los restos del pastel. Hizo migas con parte de la corteza y las dejó para que se las comieran los petirrojos que había visto merodeando por allí al menos en un par de ocasiones, luego se ató bien la bufanda de

la capucha alrededor del cuello y, con un ligero temblor, volvió a salir, aunque ahora a la carretera. Nadie llamaría a eso carretera, ya que era un camino que conducía a la playa.

Era septiembre y no hacía frío, pero soplaba viento. Nadie se extrañaría de verla envuelta en una bufanda. Del verano se preocuparía mañana, como Scarlett O'Hara. Estar en el mundo, expuesta al viento, era estimulante, excitante, casi como... no, tonterías. Kate, qué mala eres, no se parecía en nada a eso. La marea estaba baja y tuvo que caminar bastante para llegar al mar; después del Sea Green había una bandada de ocas salvajes descansando al otro lado de la carretera que conducía a la ciudad de North Berwick, al sur, y también a la playa. A ella le encantaría eso, porque adoraba el mar. A Madame Bovary también le gustaba el mar, pero sólo cuando estaba bravo. ¿Qué podía indicarle eso al lector sobre la imperfecta creación de Flaubert? A Kate le encantaba en todos sus aspectos: sus suaves murmullos, sus rugidos en *crescendo*, que podía oír desde sus ventanas, sus conchas y algas, y sus curiosos trozos de... ¿cómo se diferenciaban ahora los restos de los barcos y de sus desechos? Otra cosa más para estudiar, para llenar el tiempo.

Le acababa de entrar una piedrecita en el zapato e hizo un gesto de dolor. Imagina lo que es encogerse de dolor por una piedra en el zapato. No era un calzado muy bueno. Tenía que ir de compras, pero sólo pensarlo la ponía enferma. ¿Quién le había comprado los zapatos mientras estuvo muerta? Por catálogo; debían comprárselos por catálogo. Qué extraño tener que comprar los zapatos por catálogo para alguien que se había hecho hacer el calzado a medida. Podía hacer un pedido, poner una marca en el modelo y especificar «resistente», pero entonces sabrían que estaba viva y nadie debía saberlo.

Ya no podía ir más lejos, así que se paró y lanzó las migas todo lo lejos que pudo. ¡Vaya, Kate!, también has perdido tu destreza para el críquet. Sonrió al ver a las agradecidas gaviotas planear para recoger los trocitos. Podía haberlas tirado a su pies, pero aunque le gustaba verlas volar, le aterraban cuando se le acercaban. Se quedó un momento mirando cómo rompía el agua en la orilla.

Te voy a mojar los zapatos, parecía bromear, y corría alocadamente por la arena hacia ella, y justo antes de alcanzarla, se detenía y retrocedía.

—*Todo tiene música.*

El sonido de la voz de Bryn en su cabeza le hacía daño e instintivamente se puso la mano en su mejilla marcada. No había oído su voz mientras estuvo muerta y lo había estado durante años. ¿Volvería a morir, otra vez, si permitía que le invadiera su mente, todo su ser, como solía hacer? ¡Cuánto le hubiera gustado entonces! ¡No pienses, no pienses! Piensa en la casa nueva, en una nueva vida, en un nuevo comienzo. Dios no quiso que murieras. ¿Quería él acaso que sufriera más por mi pecado, por mi grandísimo pecado?

Mía es la venganza. Mía es la venganza.

Ahora estaba gimiendo. Los médicos le habían dicho que renacer era doloroso. La primera salida al mundo decían que era la más traumática y dolorosa de todas, pero renacer... ¿Por qué no morí? Les supliqué que me dejaran morir. ¿Qué razón tengo para vivir, para seguir existiendo? Ha desaparecido todo menos mi concha. Pero su hogar no había sido más que una coraza durante trece años y mírala ahora. Nada que el tiempo y el dinero no pudieran solucionar. ¿Sería lo mismo con Kate, que había sido la gran Katherine Buchan y que ahora no era más que una concha? Se giró cara al viento para que le secara las lágrimas: no soportaba tocarse la piel. Estaba sola en la playa. No había nadie.

Me gustará estar aquí. Lo recordaré todo.

Caminó con brío por la playa hasta regresar al sendero. Había un hombre en el camino que venía en dirección hacia ella. ¡Qué incongruencia! Debajo de una tela burda de color marrón asomaban unas zapatillas deportivas de color blanco. Instintivamente bajó la cabeza y giró la cara.

—Buenas tardes —le dijo él—. Qué tenga un buen día.

—Sí —respondió ella pasando por su lado de prisa. No miró hacia atrás hasta que hubo llegado a la seguridad de su casa y no vio que él la mirara. Entró en Abbots House y se apresuró hacia la habitación del jardín, pero no, no se iba a desmoronar, cosería; no se iba a echar para recuperarse del esfuerzo de intercambiar una palabra con un hombre al que si podía evitarlo, seguramente no volvería a ver.

—Quizá se haya escapado de un manicomio.

Maggie Thomson miraba a su hijo de catorce años con un sentimiento cercano a la indignación. ¿De dónde sacaban los jóvenes esas ideas y su sobrecogedora falta de humanidad?

—Como me entere de que has vuelto a decir algo semejante por el pueblo, se lo diré a tu padre.

Cameron le sonrió mientras miraba en el espejo que las puntas de su nuevo corte de pelo estuvieran perfectas. Luego, ya más tranquilo y relajado, volvió a concentrarse en su enorme hamburguesa, hecha, como era natural, con la mejor carne de buey que su padre había podido encontrar; allí no se usaban conservantes.

—Mamá, hay algo muy extraño en esa mujer que se cubre el rostro y que sólo sale de noche. Es una asesina y casi la cuelgan por ello, pero la absolvieron por enajenación mental o al menos fingió estarlo: al fin y al cabo, era actriz.

Maggie se giró y le arreó un tortazo a su único hijo.

—No te atrevas a contar esas viles historias en mi casa, Cameron Thomson. La señorita Buchanan podría denunciar si quisiera a las personas malintencionadas que no tienen nada más que hacer que sembrar cotilleos.

Cameron miró atónito con la boca abierta a su madre, pero su hermana salió en su defensa.

—Esa casa quedó destruida por el fuego y dicen que hubo un asesinato. Has de admitir que es mucha coincidencia que una mujer de la misma edad, con terribles cicatrices, regrese a la escena del crimen.

—Los asesinos casi siempre lo hacen —añadió Cameron sin apartar la vista de la mano derecha de su madre.

Maggie estaba demasiado ocupada pensando en cómo lo hacían, para preocuparse de su hijo.

—Debe haberle sucedido algo terrible, un accidente de coche o algo parecido. Tiene una cicatriz muy pálida en la mejilla y creo que otras tantas en las manos, o bien las tiene deformadas porque siempre las oculta bajo las mangas. Es evidente que se ha sometido a alguna cirugía plástica y que es tímida. De hecho, no le gusta que la vean. ¿Y qué? Tiene una voz encantadora —dijo para terminar.

—Madre.

¡Con qué desdén podía pronunciar esa palabra un adolescente! Cameron dejó de engullir comida y miró a su madre y hermana.

—Y ¿porque tiene una voz bonita ya no puede ser una asesina fugitiva? Estoy seguro de que los manicomios están llenos de personas con voces bonitas.

Maggie se desabrochó el primer botón de su suéter color cereza y luego el segundo; hacía mucho calor en la cocina.

—Basta ya, la señorita Buchanan es una persona reservada, no quiere airear su vida privada. Lo único que nos pide es que le llevemos la compra sin entrometernos en su privacidad. Al muchacho que hace el reparto siempre le espera con el dinero en la mano. Ya me gustaría que todos nuestros clientes fueran así.

—¿Crees que habrá sabido hornear los pasteles, mamá? —Para ayudar a su madre, Stacie había ido en bicicleta hasta Abbots House con uno de los famosos pasteles de carne de buey que hacía su padre, y había observado que le había puesto una nota en el paquete con unas sencillas instrucciones para hornearlo.

—Lo hago todo menos ponerlo en el horno por los clientes. Creo que se las arreglará.

Cameron no concebía que una mujer no supiera cocinar. Toda su vida había estado rodeado de maravillosos olores que hacían la boca agua, puesto que sus padres eran excelentes cocineros y, además, tenían dos tiendas, Maggie's Fine Foods y la mejor carnicería en muchas millas a la redonda, cada una de ellas un tesoro escondido de sabores y olores.

—¿Por qué no sabe cocinar?

Stacie se levantó y se colocó teatralmente junto a la mesa. En esos momentos se convertía en Eustacie Thomson, ganadora de un Oscar; quizás ese espantoso apellido todavía podría serle útil. Lo sentía por la famosa actriz Emma Thompson, aunque a ésta no parecía haberle perjudicado en nada.

—Algunas mujeres están por encima de esas cosas, querida. Saben que hay cosas mejores que cocinar y... —De pronto, se dio cuenta de lo que estaba diciendo su madre y se sonrojó furiosa.

—Lo siento, mamá, pero ya sabes a qué me refiero.

—Sí, lo sé. A algunas mujeres las han servido siempre durante toda su vida. —Maggie recobró su serenidad con la misma rapidez que la había perdido y su redondeada y bonita cara se relajó. Le gustaba su misteriosa nueva clienta; no tenía ninguna objeción en hacer ese pequeño servicio extra—. La señorita Buchanan es diferente. No vale la pena intentar sonsacarle nada. Cualquiera que haya pasado por...

—¿Por qué ha pasado ella, mamá? No sabes nada de su vida salvo que le han hecho la cirugía plástica. Quizá le hicieron un *lifting* fa-

cial que les salió mal como les ha sucedido a algunas de esas viejas estrellas chifladas; quién sabe, a lo mejor la buscan por algún otro crimen y se ha reconstruido la cara para que la policía no la reconozca. Lo único que sabes es que no cocina, que tiene un careto horrendo, que oculta sus manos, quizá porque cometieron el horrendo acto, y que debe estar forrada de pasta si ha podido pagar la restauración de esa casa.

—Cuando llegamos aquí, Stacie era pequeña y todavía se veían vigas quemadas. —Algunos antiguos cotilleos se avivaron en su memoria, pero no les hizo caso—. Creo que por la guerra.

—¿La guerra? En este pueblo no hubo ningún destrozo por la guerra, ¿verdad, mamá?

Maggie se puso de pie y se fue hacia su cocina profesional, donde, sin ninguna razón aparente, recolocó de nuevo todas las ollas que ya estaban perfectamente colocadas.

—No lo sé, cariño. Por extraño que te parezca, yo todavía no había nacido, Cameron Thomson, pero estamos bastante cerca de Edimburgo. Friars Carse pudo haber tenido algún interés estratégico para el Forth Rail Bridge. —Maggie se giró hacia su hija que estaba colocando la tabla de planchar—. Se habló mucho en la tienda cuando empezaron las obras, Stacie; se contaron todo tipo de historias improbables. Hasta se llegó a decir que había sido el nido de amor secreto de alguna duquesa o de alguien por el estilo. Que su esposo la había descubierto y que la había quemado con ella y con su... —Miró a su hijo, pero éste estaba ocupado cortándose otro trozo de pastel de chocolate, así que masculló la palabra *amante* y prosiguió con normalidad—: ...dentro. Y, no, no fue la señorita Buchanan, porque en ese incendio murieron todos. Fue hace mucho tiempo, antes de que viniéramos aquí. La comunidad de este pueblo ha cambiado mucho, las familias van y vienen. Nadie recuerda realmente lo que sucedió, a excepción de algunos habitantes que llevan aquí mucho tiempo y ninguno de ellos, de los que todavía pueden venir a la tienda, cuenta ninguna de esas historias escabrosas. ¿Me gustaría saber de dónde sacan tanta imaginación? Eso son culebrones —se respondió a sí misma.

—Es muy romántico —suspiró Stacie—. Una casa en ruinas fabulosamente restaurada y una mujer....

—Igualmente restaurada —incidió Cameron—. No seas tonta, Stacie. Si te hubieras quemado hasta tostarte con tu... *amante* —le

dijo a su madre—, dudo de que hubieras regresado al mismo lugar. No, yo me quedo con la historia del robo del banco. El padre de Jim vio cuando le traían los muebles y dijo que valían una fortuna, antigüedades y demás.

—La señora Robertson dijo que eran un montón de trastos viejos —añadió Stacie—, y sólo unas pocas habitaciones tienen cortinas, pero en las que hay, en las de arriba, son verdaderamente bonitas, mamá, de algodón de calidad con encajes. Creo que fue una tienda de Edimburgo la que vino a colocarlas; supongo que también sería la que las confeccionó. Las vi cuando fui con el pastel de carne y me quedé babeando. Quedarían muy bien en tu dormitorio, mamá.

—Fantástico. Quizá las consigas más baratas cuando la arresten —dijo Cameron y salió corriendo para ponerse fuera del alcance de la ira de su madre.